



Los maestros cargamos con una responsabilidad ineludible cuando de leer se trata; sin embargo, no estamos autorizados para imponer nuestro criterio, aunque sí para sugerir desde el conocimiento y la experiencia los autores y títulos que consideramos habrán de “mover el piso” a nuestros estudiantes.

Dicho de otro modo, el gusto que pudo haber generado en nosotros una lectura no puede ser impuesto a los demás, a quienes tal vez las ideas de ese autor les resulten simples hasta la vacuidad o, por el contrario, inconmensurables hasta la postración. El extrañamiento, la curiosidad, los intereses y las apreciaciones cambian de un lector a otro.

Los personajes sienten junto a nosotros y se dejan vencer por situaciones que nos atañen: ahí nuestra decisión. Monique, en *La mujer rota* de Simone de Beauvoir, conmueve hasta la ira las fibras de una mujer que, como ella, espera del otro lado de la puerta la palabra que la reconstruirá. Dostoievsky, en *Noches Blancas*, deve-

la taciturnamente los más apasionados sentimientos de un hombre ingenuo y antisocial a quien la cercanía del amor lo llena de una esperanza que se frustra. Cortázar, en *Reunión*, nos lleva de la mano por recorridos pantanosos, para finalmente sentarnos junto a un héroe a mirar el cielo como señal de que esta cita fue solo un paso más hacia lo que aún falta por caminar.

Leer es un acto emocional que se transmite como una manía, y el libro es ese objeto de contagio que nos mueve el escenario. Leer es un acto de libertad por sí mismo porque es la puerta que comunica con un laberinto infinito, sin más minotauro que el agotamiento.

La llamada “nueva normalidad”, producto del confinamiento, ha modificado todo el sistema educativo. Es imperioso desarrollar procesos lectores en línea y apun-

tar sin duda a que los estudiantes sean autónomos en sus selecciones lectoras. Los docentes del área de Lengua estamos frente a una nueva misión: formar lectores responsables, capaces de discriminar la información y ser comprometidos y críticos ante ella; fortalecer las competencias lingüísticas orales y escritas desde los primeros niveles de la educación; enseñar a los estudiantes a organizar sus lecturas dentro y fuera del contexto escolar; generar empatía por los problemas humanos desde la función estética de la palabra.

En nuestra labor pedagógica, la Lengua es el objeto de estudio y la Literatura es su método; siguiendo esta premisa, no todas las lecturas son afines a nuestros objetivos didácticos. Sintámonos en la capacidad y con el criterio de modificar esas directrices, ya que no podemos mermar la libertad de los estudiantes y aún atentar contra la nuestra. Mas, no olvidemos que en esta gran obra que es la educación, cada palabra dicha o leída puede llegar a convertirse en una regla para esas vidas que están en formación.

*Leer es un acto emocional que se transmite como una manía, y el libro es ese objeto de contagio que nos mueve el escenario.*